

Examen del título de la conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América

SILVIO ZAVALA
El Colegio de México.

Las instituciones de cultura españolas advirtieron esta vez a tiempo, que el año de 1992 sería el del quinto centenario o medio milenio del descubrimiento de América, realizado por Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492. Asimismo, con acierto y previsión, dedicaron toda la década de 1982-92 a la preparación y la aparición de los trabajos conmemorativos que ya se vienen realizando.

Esta iniciativa tuvo eco sin tropiezo en varios países del mundo hispanoamericano. Buenas obras —por ejemplo, argentinas, colombianas, peruanas, venezolanas— se anuncian o ya aparecen bajo el rubro de contribuciones a la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

También ha ocurrido así, y esperamos que seguirá ocurriendo, en México; pero la iniciativa de algunos de nuestros intelectuales no ha dejado de proponer una variante, que motiva el presente examen del título de la conmemoración. En efecto, como en las tierras de México, al llegar los descubridores, conquistadores y pobladores españoles —a partir del lustro decisivo de 1517-21 con el antecedente significativo de los dos sobrevivientes en Yucatán de un naufragio anterior que Cortés no pasa por alto—, ya había un desarrollo político y cultural considerable dirigido por la Triple Alianza de México, Tacuba y Tezcoco —aunque sujeto a las limitaciones propias de la etapa de civilización en la que vivían

entonces los pueblos del Nuevo Mundo—, no debe hablarse de un descubrimiento por los europeos, que es rezago de la mentalidad colonialista, sino de un encuentro de dos mundos, el Viejo y el Nuevo, cada uno con su personalidad propia, y de un intercambio de valores, que nuestro nacionalismo posterior —sin faltar precedentes notables en la época española—, tiende a ver como igual y aun en ocasiones como superior por nuestra parte.

Sin embargo, ya en el siglo XVII habían advertido algunos ingenios europeos que no fueron los barcos de Moctezuma los que llegaron a España, sino los de Andalucía y de Vizcaya los que surcaron las aguas del Golfo de México. En consecuencia, no fueron tampoco los antiguos mexicanos los que invadieron el suelo español, sino los súbditos de la monarquía castellano-leonesa los que penetraron, conquistaron y por fin poblaron en la meseta del Anáhuac. Y fueron la religión cristiana y las lenguas lusitana y española las que alcanzaron una difusión mundial, frente a los cultos indígenas y a las lenguas más generales del Nuevo Mundo, como eran la náhuatl, la maya, la quechua, la aymará o la tupí-guaraní.

Ahora bien, nada se opone —dentro de los límites de las realidades históricas— a considerar el encuentro de dos mundos como bilateral, a tener presentes las supervivencias, el sincretismo o la transculturación; ni a reconocer que, junto a los errores propios de la especie humana, existen valores por ambas partes. Es incluso mejor verlo así como prueba de la capacidad de civilización de todos los hombres del mundo, según lo proclamaba con clarividencia y firmeza Bartolomé de las Casas. En parte extensa de Iberoamérica, la caracterizada por el mestizaje étnico y cultural hispano-indígena, advierte un observador competente que la fusión no deja subsistir el conglomerado de pueblos indígenas dispersos ni la transposición a nuestras tierras de España o sus provincias, pues hubo cambios en los elementos componentes: v. g., aparición del indiano, del criollo, del mestizo, del indígena castellanizado y aun a veces latinizado.

Pero lo anterior no debe llevarnos a soslayar otros aspectos de la historia universal que se hacen presentes en los acontecimientos de los que venimos tratando, y que tienen derecho a figurar junto a la visión de nuestro nacionalismo y a veces a contradecirlo o limitarlo en lo que sea justo.

No hace mucho tiempo se reunió en Lisboa, bajo el patrocinio de la Unesco, un Coloquio Internacional que tenía por objeto examinar los viajes de los descubridores ibéricos en los siglos xv y xvi, y al mismo tiempo inquirir porqué fueron Portugal y España los primeros países de Europa que se lanzaron a descubrir y colonizar en ultramar, abriendo una nueva época de la historia universal, la de la expansión europea por los otros continentes, que apenas ha concluido en su fase de dominación política en nuestro siglo.

Esa etapa incluye acciones y resultados que no pueden quedar comprendidos dentro de los límites del encuentro de los mundos español y azteca a partir de la segunda década y los comienzos de la tercera del siglo xvi, ni ampliando el caso a la generalidad de los encuentros con los habitantes indígenas del Nuevo Mundo.

De una parte, los portugueses pueblan islas del Atlántico, se asientan en las costas de Africa (Francisco de Vitoria hacía notar al fin de su *Relección de los indios recientemente hallados*, edic. Madrid, 1917, I, 87, que los portugueses sostienen intenso comercio con gentes parecidas a los bárbaros, con gran provecho, y, sin embargo, no las dominan), doblan el Cabo de Buena Esperanza, llegan al Oriente y se establecen en Goa y Macao, alargando sus navegaciones hasta las Molucas. Fundan así lo que el historiador brasileño Gilberto Freyre ha llamado con visión amplia: el mundo que el portugués creó. No porque se tratara de tierras vacías ni de episodios unilaterales, pues en muchas partes los portugueses hallaron hombres, culturas y lenguas estimables, sino porque el impulso histórico venía de ellos con sus carabelas y galeones, sus armas de fuego, su espíritu de descubrimiento, comercio y colonización. Por lo que toca al continente americano, de esa página histórica queda nada menos que el Brasil.

Por lo que ve a los españoles, se da también la extensión de sus empresas a las islas de Canarias, hacen algunas incursiones en Africa, pero decisivamente al ocurrir el viaje colombino de 1492 se empeñan en la colonización de las Antillas y del vasto continente hispanoamericano. En esto queda incluido el contacto hispano-mexicano, pero hay acontecimientos importantes que están al margen del mismo; por ejemplo, la llegada a la costa del Océano Pacífico de Vasco Núñez de Balboa en Centroamérica en 1513; así como el viaje de Magallanes y Elcano que parte de Es-

paña en 1519, el mismo año del arribo de Cortés a la costa mexicana, dobla el Estrecho sudamericano y llega al Oriente que sería llamado luego filipino, terminando con el retorno de Elcano a España, que cierra la primera circunnavegación del globo. Son grandes hechos ajenos al contacto hispano-azteca. También precede y es distinto de éste todo el esfuerzo de la población española en las Antillas, de 1492 a 1519, que sirve de antecedente directo a la empresa cortesiana, creando un mundo de otoño de la Edad Media, como lo llamaría Huizinga en Europa, que los historiadores mexicanos deberíamos conocer mejor, abarcando su desarrollo agrícola, ganadero y minero, su demografía y situación laboral, el trazo de las ciudades y las bellas edificaciones logradas en particular en la isla de Santo Domingo o Española.

En caso de fijar la atención en la etapa del encuentro hispano-mexicano, quedaríamos en los años 2017, 19, 21 para hablar del V centenario de ese acontecimiento, no en el de 1992 que ahora a todos los luso e hispanoparlantes nos convoca. Sin duda, para quienes alcancen esos años habrá tiempo de hacer memoria, polemizar de nuevo y declamar en el quinto centenario de la consumación de la toma de Tenochtitlán, que será vista como la gesta o el lamento propios, o ambos a la vez, según lo recuerda con altura la placa conmemorativa puesta en las ruinas de Tlatelolco: «El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota. Fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy.»

Lo que al México de la época española le cupo realizar en esa etapa de la expansión ultramarina, fue poner a contribución sus recursos humanos y naturales, sus costas y mares, para que los barcos llegaran, por ejemplo, a Florida, California, Filipinas y Alaska. Y más tarde habría un historiador de la estatura de Carlos Pereyra inclinado a estudiar con acierto «Las rutas oceánicas» de los pueblos ibéricos.

No debemos recortar el recuerdo de esa acción histórica disputando la terminología del V Centenario del descubrimiento colombino. Se nos dice que éste dio por resultado el encuentro de dos mundos, el Viejo y el Nuevo, y es verdad pero parcialmente, porque de las grandes navegaciones ibéricas no queda solamente el encuentro hispano-mexicano o hispano-indio en general, sino una

multiplicidad de encuentros de gentes y culturas que precisamente van a marcar la significación del cambio histórico a partir de la expansión iniciada en el curso del siglo xv. Hay encuentros de Europa con Africa; por la ruta del Cabo de Buena Esperanza con el Oriente; a través del Atlántico con la que vino a llamarse América y luego por el Pacífico con Asia. La propia historia y la población de México a partir de Cortés quedan en relación con africanos y orientales, lo cual hace necesario ampliar la idea del encuentro de dos mundos (el europeo con inclusión de la mayoría de españoles, y los portugueses, italianos, franceses, alemanes e ingleses que marcan su presencia en la Nueva España, al lado de los residentes de origen judío e inmigrantes moriscos; y el indio compuesto a su vez de varios grupos culturales y lingüísticos) para tomar en cuenta todo lo que ocurrió. Aun los múltiples encuentros en el vasto suelo del Nuevo Mundo no fueron similares ni pueden ceñirse a lo ocurrido en la tierra mexicana.

Quedan por analizar de nuevo otras partes del título del V Centenario que conciernen a la difícil tarea de percibir la evolución de la idea que Cristóbal Colón, su hermano Bartolomé y los hijos del descubridor se fueron formando de los resultados de los cuatro viajes de éste. ¡Cómo el nombre de América se interpuso y llegó a dominar hasta en la terminología española!, si bien el proceso fue lento y merece estudios que mostrarían el predominio inicial de los términos de Indias Occidentales y de Nuevo Mundo, que figuran todavía en obras célebres más tardías, como la *Recopilación de las Leyes de Indias* y la proyectada *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz.

No debe pasarse por alto tampoco la revolución científica y tecnológica ocasionada por los descubrimientos. De ellos nace otra idea más completa del planeta y del cosmos. Llegan a descubrirse nuevos vientos y corrientes, a configurarse otros mapas, a ser contempladas desde el Perú las constelaciones australes. Se convive con los discutidos antípodas. La línea ecuatorial es atravesada y se colonizan tierras tórridas. El saber natural y moral de los antiguos es suplantado por el de los modernos. El mundo vive de acuerdo con una nueva y más grande escala. En el campo del arte, la representación usual de las tres partes del mundo se ve acompañada por la presencia de la nueva cuarta parte descubierta, en espera de la quinta que representaría a Oceanía.

Creo que bastan estas observaciones para comprender que la sustitución del término del V Centenario del Descubrimiento de América por el de Encuentro de dos mundos, el Viejo y el Nuevo, no es apta ni convincente. Parece quedar fuera de lo concebible y prudente, v. g., que la magna exposición que se planea celebrar en Sevilla en 1992 pueda llevar otro nombre que el del acontecimiento que conmemora: 1992 recuerda a 1492, el año del viaje colombino, entrañablemente vinculado con la región andaluza de la España de Isabel y Fernando.

Junto a la particular derivación mexicanista, no es de olvidar que están presentes otras de talla considerable. Los varios países de Europa que participaron en la expansión ultramarina iniciada por los pueblos ibéricos no la han mirado ni la miran ahora de la misma manera. Los celos nacionales entre ellos han sido intensos y se recuerda la irónica frase del rey de Francia, Francisco I, que pedía ver la cláusula del testamento de Adán que lo excluía de la partición del mundo entre los pueblos de la Península Ibérica. Igualmente vigorosa fue la rivalidad con los holandeses y los ingleses en las varias partes del mundo. La conmemoración del V centenario colombino toca por ello en primer término a las penínsulas del sur de Europa, en particular a España, Portugal e Italia, por los grandes hechos que realizaron. Indoamérica y Afroamérica no dejan de hacer presente que la fecha de 1492 es seguida de la intensificación del tráfico esclavista y de catástrofes demográficas que suelen también ser presentadas como genocidio. Ya en el siglo XVIII habían algunos filósofos ilustrados preguntando cuáles fueron las consecuencias del descubrimiento de América, y si no eran mayores los males que los bienes resultantes del mismo. (Véase *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional, 1949 y 1983, pp. 33-90). El hilo es ahora retomado por algunos portavoces de los intereses políticos del este de Europa que ven así la oportunidad de censurar al imperialismo, al colonialismo y de alimentar la propaganda tercermundista, a riesgo de poner en cuestión la existencia misma de la América Latina y su integración histórica.

Lo que ocurre y debe quedar en claro es que el descubrimiento logrado en 1492 abre una fase nueva de la historia universal en la que hay múltiples hallazgos, encuentros e intercambios de los que emerge el mundo que conocemos.

La empresa de Colón no fue la primera ni la única de los grandes descubrimientos, pero sí tiene su significación propia que merece ser recordada con primacía. Como lo propusieron inicialmente y lo vienen cumpliendo las instituciones culturales españolas, acompañadas por las portuguesas, italianas y de otros países, al mismo tiempo que lo hacen las de los pueblos iberoamericanos. Recordemos que Gómara, con amplia mirada que envuelve a la historia universal, retenía que el hecho del descubrimiento del Nuevo Mundo era: «la mayor cosa después de la creación del mundo sacando la encarnación y la muerte del que lo crió». Grandes espíritus han continuado esta línea de pensamientos hasta nuestros días. (Ver *El mundo americano en la época colonial*, México, Editorial Porrúa, 1967, 2 vols., II, 16-18, núm. 6). Ahora, en los Estados Unidos de América se habla del cercano «Columbus Quincentennial»; de darle a la conmemoración de 1992 el valor de un significativo acontecimiento sabio o escolar («a meaningful scholarly event»); de que ha sido creada recientemente por ley una Comisión Federal del «Columbus Jubilee». A su vez el Papa Juan Pablo II ha visitado la República Dominicana a fin de conmemorar la iniciación de la evangelización del Nuevo Mundo, que como es sabido aloja hoy a una parte considerable de la grey católica universal. Y volviendo al origen del acontecimiento, como no podía dejar de ocurrir, Génova y con ella Italia preparan sus propios actos conmemorativos, que ahora cuentan con la amplia base de los estudios eruditos modernos acerca de sus colonias de tratantes, banqueros y marinos en Sevilla y Lisboa, y su notable participación en la apertura del mundo atlántico que amplía la secular historia del Mediterráneo.

Nada impide que en tan vasto marco cada quien se aplique a estudiar con libertad y fruto los aspectos que más le importen; pero esto no parece ofrecer fundamento suficiente para cambiar, ya sea en el uso culto o en el de la escuela, la terminología relativa a la gran empresa colombiana de 1492. El mundo la conmemoró dignamente a cumplirse el IV Centenario en 1892, sin tropiezos lingüísticos ni conceptuales. Ahora se dispone a hacerlo de nuevo en 1992, y a lo largo de la década precedente, con anchos horizontes en los que caben las particularidades que distinguen a cada entidad del conjunto iberoamericano y universal.

Al hacerlo por nuestra parte —la que habla español y portugués—, nos unimos en torno de un vínculo histórico sustancial. Esta es la fuente de donde nace nuestra mayor fuerza y significación en el mundo contemporáneo, como lo percibió José Vasconcelos, al avivar la conciencia de que formamos parte de la comunidad iberoamericana que engloba la rica diversidad de nuestras historias nacionales.